



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60 Apartado 547.—Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana a 4 tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

CÉSAR JALÓN

Sección vermouth

JOSÉ BRISSA

Sensiblerías.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA

Trance apurado.

F. GARCÍA SANCHIZ

Barrio latino.

J. DE RUEDA REBOLLO

Horas.

JOSÉ FRANCES

Almas enfermas.

G. GOMEZ DE LA MATA

Derrota sentimental.

*OTELLO, PACO MATEOS

Y TINO

Varios dibujos y retratos de
Sahary Djeli, Federico Gar
cía Sanchiz, Manuel Merino
y Rafael Millán.

5 cénts.



SAHARY DJELI

Biblioteca Regional de Madrid
Atracción de fama mundial que actúa en el Teatro Romea.



ORGANIZAR un baile es cosa tan difícil como meter en cintura á los germanófilos, apagar la fogosidad de Burell ó asistir á dos representaciones de *Parsifal* con la expresa condición de abstenerse del bostezo.

Nuestro baile resultó estupendo en cuanto á concurrencia y animación; pero maldito si ello se debió á mi labor organizadora.

Estuvo animadísimo, como no podía menos de suceder, gracias á la popularidad

REGALO DE REYES



—¡Qué tonta es mi mujer! Le parece que á mi edad no voy yo á saber que estas cosas me las pone ella, y que no hay tales Reyes Magos.

de este semanario, ya añejo, y, también gracias (no hay de qué), á que fracasaron mis gestiones. A no ser por éso, la empresa pierde hasta el apetito.

Tan verdad es esto, que si al día siguiente el director, en vez de estar sonriente, como los buenos, me hubiese «dado la cuenta» con carácter irrevocable, no hubiese hecho más que lo debido: por más de que, tratándose de mí, lo «debido» suele ser siempre algo más de la «cuenta», á causa de mis frecuentes peticiones de anticipo.

Lo hice muy mal, lectores; muy mal. Casi tan mal como «organizaron» su detestable película los autores de ese disparate (¡va lo creo!) titulado *Las aventuras de Max y Mino*, en donde casi todo está *de-max*.

Entre otros errores míos, reconozco uno, el mayor: el de haberme puesto al habla con la pareja *Laurette Pepe*, invitándola á que tomase parte en el concurso de Tango Argentino. ¡

Pero, verán ustedes. Yo sabía que noches atrás esta pareja había salido agraciada con el primer premio en un concurso en que otros bailarines (que según supe luego ballaban bastante mejor), se quedaron sin él, pesase á las violentas protestas del público.

Y fui y me dije: Si yo veo á los no premiados, que son dos notabilísimos artistas denominados *Plutón-Lucerito*, y les comprometo á que desafíen á *Laurette Pepe*, ya tengo un número de indiscutible fuerza que apuntar en nuestro cartel.

Y... efectivamente; me quedé sin el número, y si me descuido, sin «cartel».

Porque *Laurette Pepe*, de quienes diré, sin ánimo de agraviarles, que bailan con menos lucimiento que mi sereno, llamado también Pepe —y en lo del lucimiento queda descartado el farol—; porque *Laurette-Pepe*, que aceptaron de momento el

reto de *Plutón-Lucero*, tuvieron luego mucho miedo y se quedaron en casa.

Y ¡velay! por donde la paradoja humana se puso de relieve una vez más. Mi indiscutible fracaso de organizador contribuyó a dar realce al espectáculo.

Si; porque, de este modo, el concurso del tango argentino tuvo, a más del atractivo de *Plutón-Lucero*, los de que bailasen Navarrito-Antonelli, Serra Pepe y Felito-Santiago. Y otro atractivo más interesante: el de que no bailasen *Laurette-Pepe*, de quienes yo tenía una idea equivocada, ignorando que el premio ganado días antes no lo habían «ganado por pies», sino por influencia de un tal «Rana», lo que quiere decir que ganaron el premio por «ancas».

Plutón-Lucero y Navarro Antonelli ganaron, respectivamente, el primero y segundo premio, no por «ancas», sino por... el fallo inapelable del supremo jurado, que es el público.

Como de todos los números artísticos que nos favorecieron con su concurso hemos de publicar fotografías, entonces será ocasión de reseñar su labor respectiva.

En cuanto a los que, sin saldar sus cuentas con la formalidad, quisieron dejarnos

LA PRUEBA



El modisto.—No, nada; usted descuide: esta noche subo yo a su casa y la pruebo el cuerpo.

empantanados, siquiera no lo consiguiéramos, nosotros los disculpamos.

Cada cual debe mirar su conveniencia, y si ésta lo disponía así, bien pudieron prescindir de esta revista, que durante tres años ha «bombeado» gratuitamente a todos los artistas nacionales y extranjeros, para quedar bien con los «señores» que les explotan.

UNA AVANZADA



(Notas tomadas del natural por nuestro corresponsal en la guerra europea.)

Lea usted "Teatros y Salones,,

Biblioteca Regional de Madrid

Por lo que toca á los amables lectores que nos honraron con su asistencia, yo no puedo darles las gracias mías personales, ¡que no tengo ninguna!; pero sí se las transmito en nombre de la *hojaparresca* *cofradía* de que formo parte.

Y para las lectoras — esto va por mi «cuenta» — un fuerte abrazo.

CÉSAR JALON

Sensiblerías.

I

No me mates aún, ¡oh, Dios piadoso!,
alarga mi existencia otro momento.
Tú que eres compasivo,
y generoso y bueno...
No es que quiera vivir eternamente
ni que te tenga miedo;
¡pues soy el pecador arrepentido
que mis culpas confieso!

Dame vida otro instante;
no me dejes morir sin el consuelo
de mirarme otra vez en las pupilas
de aquellos ojos negros!

II

Déjame que huya de ti,
y no vuelvas á llamarme,
que con llantos no redimes
tu perfidia miserable,
y has matado para siempre
aquella pasión tan grande,
que quiso hacer un altar
con un idolo de carne!

III

¡Por mí lloran sus ojos compasivos
y no creo en sus lágrimas!
Soy el pobre sediento que se muere
renegando del agua...
¡Venga la muerte; en sus pupilas negras
sólo veo la sombra de la nada!

José BRISSA

TRANCE APURADO

No se me olvidará aquel episodio por mil años que viva. Habitaba yo á la sazón en las afueras de la capital y había tenido que acudir temprano á las calles del centro para ventilar varios asuntos.

Mi cocinera me había dado un almuerzo de dos mil demonios. Y yo, que suelo tener el apetito herméticamente cerrado, aquel día, por excepción, comencé, no bien sonaron las once, á dar voces con la boca del estómago para que me sirvieran, á ser posible, el almuerzo, la comida y la cena todo junto.

La cantidad y la calidad de los manjares hacíanme presagiar una digestión desastrosa, pues entre un besugo escabachado y una ensalada de pepinos, había comido croquetas de arroz con leche, y tras una inmensidad de tomate medio crudo, un plato de natillas con aceitunas y pimentón, sirviendo de digno remate á tan extraño *menú* seis rajas de melón, una taza de café y una morecilla de Extremadura.

Por el pronto no hubo luchas intestinas en mi sér, ni el menor indicio de que las habría después. Pero á las dos horas, cuando más muestras de actividad estaba yo dando en los puntos céntricos de Madrid, el besugo se me puso de pie, las croquetas armaron en derredor suyo una danza caprichosa en combinación con las aceitunas; el café, mezclado con el tomate, subía y bajaba por el tubo digestivo como el mercurio por la co-

lumna termométrica, y yo, presa de horribles sufrimientos, creí que el mencionado tubo se me desenchufaba para siempre y que las angustias y los sudores anunciaban para muy pronto el fin de mi vida.

Que se le corte á uno el hilo de la existencia con una navaja de Albacete, es cosa desagradable, pero es natural. Lo que no lo es de ningún modo es que se le corte á uno el tan apreciado hilo con un besugo en escabeche.

No es extraño, pues, que al notar yo las molestias consiguientes, me diese á todos

¡NO ES POR AHÍ!



- Bueno, Conchita, ¿qué me contesta usted?
 —Nada. Ya le he dicho que sus cosas me entran por un oído y me salen por el otro.
 —¡Por un oído! ¡Qué desgraciado soy!

los diablos y procediese inmediatamente á buscar el medio de recobrar la tranquilidad perdida.

Ocurrió el caso en la Carrera de San Jerónimo, y no era de los que daban lugar á detenidas deliberaciones.

De pronto me asaltó una idea salvadora, excelente, magnífica. En el número 20 de la propia Carrera vivían los señores de Menudílez, amigos á quienes yo quería

—¡Imposible! Perdóneme usted.
—¿Va usted á cosa hecha?
—Casi, casi... ¡Vaya, adiós!
—Pero siquiera, dígame cómo están en casa.

—¡Todos se han muerto! —dije al posma, echando á correr y entrando á escape en el portal de la casa del número 20.

¿Cómo subí la escalera? No lo sé. El portero asegura que aquello era más bien obra de un acróbata que de un hombre natural. De cada salto gané cinco escalones; la portera me tomó por un loco y hasta un perro de la vecindad se lanzó ladrando tras de mí por la escalera arriba.

No tardé en llegar al primer piso.

—Tilín, tilín.

(Pausa, con acompañamiento de maldiciones á la criada.)

—Tilín, tilín, tilín.

(Nueva pausa, con nuevas maldiciones é intermedios coreográficos)

Por fin me abrió la puerta una muchacha y me preguntó:

—¿Qué se le ofrece á usted?

—¡Nada! —respondí, yendo precipitadamente á posesionarme del recinto menos espacioso de la casa: de aquella casa que tanto había yo frecuentado en otros tiempos.

Atónita se quedó la doméstica, que, dirigiéndose á sus amos, les dijo:

—Señoritos, ha llamado un caballero decentemente vestido, y ha entrado en...

—Bueno; pero ¿quién es?

—No lo sé. Como sólo hace ocho días que sirvo en la casa...

—Pues le aguardaremos á la salida y se disipará nuestra duda. ¿Pero verdad que esto es extraño, Sinforoso?

—Hija, nadie está libre de asuntos de esta clase, y habiendo á mano una casa de confianza...

—La verdad es que ha hecho bien.

Acercóse el santo matrimonio al sitio de la ocurrencia con la duda en el alma; pero con la sonrisa en los labios, y no tardaron en percibir el ruido de un pestillo interior que se descorría.

UNA CUERDA DE PRISIONERAS



Paco—
Maiores

(Notas de la guerra civil, tomadas de natural por nuestro corresponsal especial.)

mucho, pero visitaba poco; y como el piso que habitaban era entresuelo, no dudé en subir, llamar, realizar mi propósito, pedir perdones y retirarme.

¿Ustedes saben lo que es llevar mucha prisa y encontrarse un amigo pelma que les detiene?

Pues esto es lo que en mi apurado trance me ocurrió cerca ya de la casa de Menudílez con mi amigo López.

—¡Caramba! —exclamó, echándome los brazos al cuello. —¡Qué de tiempo hace que no nos vemos!

—¡Ya lo creo! —le respondí, procurando desasirme de él. —¡Vaya, abur!

—¡Pero, hombre! ¿Qué prisas son esas? Venga usted acá.

LOS QUE TRIUNFAN



Manolo Merino.

Autor de la letra de *El príncipe bohemio* y de *Una mujer indecisa*. Hombre de mucha letra menuda que escribe las buenas zarzuelas de dos en dos, y de las que el público ha dicho —contra lo que suele ocurrir en las zarzuelas—: ¡Menuda letra!

¡Todo se había consumado!

Salí de la prisión y, ¡oh inesperada escena!, ¡oh situación archicómica!, ¡oh efecto sorprendente el de mi encuentro con los señores de la casa!

¡No eran los que creía yo que vivían allí! ¡No eran los de Menudílez! Yo ignoraba que se habían mudado á otra casa dos meses antes.

¿Qué iba á hacer yo, corrido de vergüenza, ante unos señores desconocidos?

—Ustedes dispensen —les dije, deshaciéndome en cortesías.— ¡Por Dios, perdónenme! Yo creí que aún vivían aquí mis amigos los señores de Menudílez, y...

—Nada, nada — me respondieron.— Comprendemos lo ocurrido, y no hay más que hablar. Vaya usted tranquilo, y siempre que necesite usted algo...

—Mil gracias, señores —les dije por fin—

Estoy á la recíproca... en el barrio de la Prosperidad.

Salí de allí... y no pasó más. ¡Bastante había pasado!

JUAN PÉREZ ZUÑIGA

Próximamente,

Un día y una noche en Londres
por Prudencio Iglesias Hermida

LOS QUE TRIUNFAN



Rafael Millán.

Autor de la música de *El príncipe bohemio* y de *Una mujer indecisa*. Participamos á nuestras lectoras que el joven músico se perezó por el «do» de pecho, cuando el pecho no es ninguna majadería.

Lea usted

Teatros y Salones

Revista Artística decenal.

Precio: 15 céntimos.

BARRIO LATINO

(Fragmento de la novela que, con este título, se publicará en breve.)

Propuso Elia que fuesen al Luxemburgo. Pero antes habría que dejar en el hotel un envoltorio de tenacillas y postizos que Elia llevaba contra su pecho. Encaramáronse por la escalera ensombrecida, se hundieron en el pasillo del segundo piso. Cuarto catorce. Al rodar la llave de la electricidad, un resplandor fatigado se difundió por la estancia. Rafael contempló en el espejo la cara de Elia, su mirada fisonomía que escudriñaba las paredes. El armario de luna adelantábase en un ángulo de la habitación. Encima, unas sombreras y una maleta de mimbre. Abriase una hornacina con sus cortinajes en estilo turquesco, y llenaba la oquedad una cama ancha con un edredón inflado y marchito. Sobre la mesilla de noche, unos frascos, cartas, un pañuelo arrugado y cajas de fósforos y cigarrillos. En la chimenea de mármol rojo velanse dos candeleros y una campana de vidrio que protegía un reloj de bronce con unas estatuitas mitológicas. Saldo del segundo imperio. Detrás estaba el espejo, que terminaba en la techumbre, rumorosa siempre por la inquietud del vecino de arriba. Un lavabo con sus haldas de indiana y su cerco de linoleum. Más tapices orientales y disimulados; entre sus pliegues, un baúl y el *tub* de cinc. Desde el balcón se divisaba un callejón fangoso y oscuro, y allí enfrente el cuarto del estudiante de medicina, ahora sin los zapatos de mujer, pero con unas rosas junto a la calavera que semejaba una castaña pilonga colosal.

Descolgó Rafael la tulipa, que prendió a la cabecera de la cama para las lecturas nocturnas, indicó a Elia una butaca al lado de la chimenea. Elia se apresuró a arrebatar en un papel verde la ampolla, y cambió el aspecto de la vivienda, se encantó en la penumbra fresca y suave.

Apenas entraba una mujer ya se refinaba la celda. Hundida en el sillón no tocaban sus pies en el suelo alfombrado y con el marco del *parquet*. Elia se despojó del sombrero y Rafael se asombró de que no se hubiese imaginado aún a Elia con los cabellos al aire. Estaba deliciosa; era como un niño, como una escultura de Luca della Robia. La muchacha se dedicó a revolver los papeles y libros que se amontonaban en la mesa, colocada en medio de la cámara; cogió y examinó una por una las barras de pastel, que se alineaban en un estuche, entre algodones, con manchas de los diversos colores.

A todo esto, Rafael se encontraba un poco alelado. Invitó a Elia a que tomasen un té, y la niña desdeñó la oferta con uno de aquellos mohines pueriles. Rafael, con una barra de caramelo, comenzó a diseñar un croquis de Elia. Al principio, Elia se sonreía cada vez que el artista levantaba la mirada del dibujo. Una de las ocasiones, Rafael sorprendió el rostro de Elia graciosamente descompuesto por un bostezo, una miniatura de bostezo, porque la boca no daba para más. Se suspendió la sesión. Hubo una pausa embarazosa. ¿Qué meditaba Elia, con los párpados caídos? En cuanto a Rafael, se sentía tonto de los pies a la cabeza. Subió de la calle un vago rumor de piano y voces que entonaban un cuplé. Elia irguió

su rizosa testa para oír. Rafael dijo con un tono solemne que no convenía a la liviandad del fenómeno:

—Es en el *cabaret* de abajo, en el Grillón, que ensayan... todas las tardes ensayan...

Corrió la niña al balcón, como si no quisiese que se le escapase la tonada, no conocida aún. Su silueta se recortaba en la bruma violácea del callizo. Diríase que Elia se olvidó de Rafael. Aprendió en seguida la música y tarareó el segundo cuplé, moviendo a un lado y a otro su peluca de tirabuzones.

Al fin, Rafael se vio asaltado del deseo de abrazar, de poseer, de fundirse con Elia. Los pies de la tobillera, calzados de charol, marcaban el ritmo taconeado y pa-

LOS NUESTROS



Federico García Sanchiz

Notas e cronista autor de «Barrio latino».

recian burlarse del arrobado galán. La noche del encuentro se plantó Rafael el problema de la honestidad de su pajequito de faldas. Dudaba, y se estableció una guerra entre los recuerdos españoles, con visos de estadística, y los relatos de los libros y de los camaradas que regresaban de París. Elia, ¿habría lanzado ya el pregón clásico en las obreritas parisienses «¡quiero vivir mi vida!»? ¿Cómo, entonces, continuaba en casa de sus padres? Y si no se sublevó todavía, ¿iba Elia a rendirse sin más ni más a un advenedizo, y se declararía vencida a los primeros embates? El príncipe Hamlet reflexionaba con el cráneo de Yorik en las manos. Rafael se imaginaba tener en sus garras la testa muñequil de Elia, y su interrogación saltaba de una a otra pupila de la niña. Elia se mofaba con un ojo de la seriedad del vecino...

Se acabaron las vacilaciones. Adiós proyectos de redención y el último plan de la fuga y el trabajo lejos de Elia. Fué Rafael a colocarse al lado de la muchacha. La pasó un brazo por la cintura. Desenterró los olvidados requiebros de la rubia exaltada y mimosa. Luego le divertía soplar en la nuca de Elia y alborotar los tenues rictos de sedefios. Elia fingía no enterarse, y seguía cantando. Unos tenaces é invisibles martillitos golpeaban las sienes de Rafael. Experimentaba como si la sierpe que le atenazó durante un mes se desentrosara, y en su lugar le nacieran al embriagado unas alas satánicas. Su aliento debía abrasar la nuca de Elia, quemábale



—Pero y a nosotras, ¿en qué nos puede perjudicar La Cierva?

—Pues en que no podrán ustedes lucir sus encantos; porque ordenará que esas faldas tan abiertas estén cerradas a las doce en punto.

á Rafael la boca trémula y la dilatada nariz. Así, un minuto, cien años. Elia, llevando al extremo su juego de ignorar la sofocante insinuación, hizo que se acordaba de Rafael y se volvió como para llamarle.

—Rafael... ¡ah! ¿Dónde estás?

Estalló la dinamita. Rafael no era un hombre civilizado, ni siquiera un español

NO HAY QUE DARLE VUELTAS



Un «ejemplar» de jamonas traviesas que desoye cuantas indicaciones se le hacen para que se vuelva buena.

(¡Qué más quisieran ustedes sino que se volviese!)

de fuego, un levantino con sangre árabe. Rafael era un gorila horrible, capaz de destrozarse las montañas. Y con toda la bestialidad y toda la inefable delicadeza de la lujuria, raptó a la mujer y la arrojó encima del edredón. La frágil criatura, que tal vez nació para ser devorada por los monstruos, se entregó riendo y con chillidos alegres a la sañuda y amorosa cólera de su monstruo enloquecido. Ella era como la llama de oro que palpitaba en la mole, en el tronco hecho una brasa infernal.

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

HORAS

En esta soledad de su abandono, con verla en el retrato me consuelo; si no huelo las rosas de su carne tengo la imagen fija de su cuerpo.

Está como una niña retratada, que así es como me gusta y la venero: con un *bouquet* de flores en las manos, y en el *bouquet* se ven dos pensamientos.

Absorto la contemplo hora tras hora, y quiero darle vida con mi aliento, que sufro por no oler su carne fresca ni ver sus negros ojos de misterio.

Mas nadie se figura, ni la niña retratada, que sé desde hace tiempo los más íntimos goces y ternuras que corren por la sangre de su cuerpo.

JOSÉ DE RUEDA REBOLLO

LAS INSACIABLES



—Díganos usted a cuál prefiere, señorita...

—¡Phsé!... A los dos; cada cual por su estilo.

Almas enfermas.

¿Por dónde vamos?

—Por ahí... por donde quieras.

—Seguiremos la calle...

Dejaron la casa y emprendieron un pasear lento, en que los arrastrantes pies se levantaban tardos como queriendo permanecer inertes... Al andar mirábase de reojo, encontrando ridícula, él, aquella

mujercilla paliducha que medía sus pasos á los suyos, vestida con un raído gabancillo, el cual apretabalos la cios pechos de mujer que amó mucho; sus piernas marcábase, rígidas y huecosas, bajo la muy lavada falda, y la cabecita de cabellos rubios se inclinaba sobre el pecho como ocultando sus ojos circundados de grandes ojeras; sus labios gruesos, que, entreabiertos, dejaban ver apretadas hileras dentales, y sobre todo ella, manchando el apagado brillo del pelo, un sombrero cursilón de plumas polvorientas y de alas de formadas... Ella veía en él la figura dolorosa del vencido, que toda mujer compadece, pero no ama; aquella cara anémica de barba

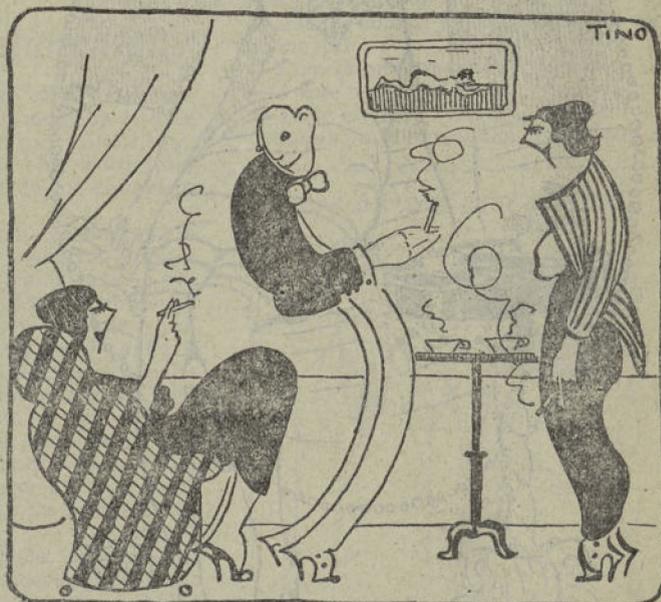
descuidada, de ojos apagados, con su eterno gesto de enfermo; aquel andar cansino como el compás de sus ideas, que aparecían y desaparecían isócronas y con lentitud desesperante... el gabán, claro y manchado, caía sobre los hombros como sobre una percha; las manos hundíanse en los rasgados bolsillos, guardadores de libros en tiempos que fu...

Y así andaban, paseando su miseria de impotentes, en aquella tarde de sol que invitaba á reír, á gozar, y en que la gente caminaba despacio saboreando glotonamente la orgía de luz y de colores con que el sol les brindaba... Y ellos, los dos bohe-

mios, seguían levantando un pie tras otro, escupiendo indiferencia sobre los carruajes, sobre los que reían, sobre las tiendas; reconcentrándose en sí mismos, analizando una vez más la larga historia de sus amores, pero sin pena alguna, sin que los más íntimos y sentidos detalles acelerasen el circular de su sangre ni el martillar del corazón.

Se conocieron en casa de Patro, una

MONEDERAS FALSAS



EL.—Bueno; ¿qué hicisteis en el baile de LA HOJA DE PARRA?
Ella.—Yo, diez pesetas.

muchacha de vida alegre que soñaba con poetas y artistas; él la encantó con su tris teza de inteligente, la habló de exquisiteces que nadie la mentó nunca, y se unió á él. Fué un largo idilio salpimentado de impresiones tristonas y desesperantes unas, alegres y esperanzadas otras... Se deslizaba su vida tranquilamente gastando á veces mucho, tirando á manos llenas el dinero, sufriendo estrecheces en otros días en que los editores resultaban monstruos malditos, los directores de periódicos verdugos dantescos y el público, el gran público, un idiota. Poco á poco se fueron los días alegres, quedando sólo aquellos

SUSPENSIÓN DE OPERACIONES



(Notas de nuestro corresponsal en la guerra europea.)

en que por la mañana esparcían la mirada hurgando los rincones, buscando algo empeñable... Sus cuerpos mal alimentados, macerados por la anemia, no se buscaban como antes, y cada día que pasaba separaba más sus almas...

Llegó el aviso de lanzamiento: al día siguiente no tendrían casa, y en eso pensaban al confundirse entre la vulgarota gente que paseaba por la Castellana; pero pen-

saban como algo secundario á que no daban importancia, ó como algo que pasó hacia mucho tiempo, dejando en el alma un recuerdo borroso...

Los conocidos saludaban al encontrarlos.

Ella preguntaba:

—¿Quién es ese?

—Fulano.

—¿El de...?

—Sí.

Y callaban, seguían silenciosos, pensando sin parar, encerradas en los bolsones del gabán las manos de él, jugueteando con la sombrilla las de ella. El desfile de caras imbeciles seguía: todos hablaban á gritos, riendo á grandes carcajadas, barajando nombres, escenas, recuerdos...

Los tranvías eléctricos habrían grandes brechas en las apiñadas personas, anunciando su paso con el campanilleo constante.

A su lado pasó un hombre joven vestido de levita, sombrero de copa y llevando en la espalda grandes letras blancas anunciando un florista.

Ella llamó la atención de él.

—Mira.

Los dos rieron; después quedaron serios: ¡un desgraciado más!

Se sentaron en un banco y allí aguardaron la noche.

Llegó, y ellos siguieron sentados, sin pensar nada, aburridos uno y otro, vencidos por algo nostálgico...

El reloj del Banco dió las once...

—¿Vamos?—dijo ella.

—¿Dónde?

—A casa.—Después, recordando el lanzamiento, hizo un mohín de disgusto.—Ya no me acordaba.

Quedaron silenciosos...

El reloj dió las doce.

El se levantó, y tendiendo las manos á ella, la dijo indiferente:

—Adiós.

Ella le miró atentamente; después estrechó su mano, y contestó:

—Adiós.

Los dos cuerpos siguieron direcciones contrarias...

José FRANCES

Derrota sentimental.

Cuando Carlota entró en el cuarto-to-cador de su madre, acababa ésta de hacerse la *toilette*, una *toilette* complicadísima que tenía por objeto disimular en lo posible la huella de los pavorosos cuarenta y cinco años.

Diez menos representaba en realidad la dama con su cabello de azabache, sus ojos agrandados por una leve pincelada negra, su cutis casi terso, merced á los afeites, y sus dientes menudos—un verdadero primor de dentadura que la costó en París cuatro mil francos—albeando entre los labios de un rojo artificial; el cuerpo, oculto ahora en la amplitud del peinador de anaranjada batista, era también en apariencia joven, aunque la que hasta entonces pudo gloriarse con razón de su esbeltez de sílfide empezaba ya irremediablemente á engordar algo.

En la reducida estancia, pregonadora de cierta *tenue* á la última, presidía un lavabo inmenso, lleno de tarros y de botes. La marquesita, las tres sillas y el biombo, tapizados de cretona color barquillo con espigas verdes, é igual á las colgaduras del balcón, resultaban de muy buen gusto, de tan buen gusto, en fin, como el piso de mármol jaspeado, el sencillo aparato de la luz eléctrica y aquellas dos estampas galantes del siglo XVIII adosadas á la pintura crema de los muros, y que constituían todo el armamento del químico santuario donde se prolongaba en desesperaciones la agónica belleza de Marta Ronovales.

—¡Qué temprano vienes, criatura! ¿Ocurre alguna novedad?

Carlota sonrió.

—No es temprano, mamá; dieron ya las doce. A ti te parece pronto, porque te acuestas demasiado tarde.

—Bien puedes decirlo—repuso Marta, bruñéndose las uñas con el *polissoir*—.

Esta vida de sociedad la destruye á cualquiera. Anoche mismo me retiré á las tres. Estuve con tu padre en la embajada rusa.

—¿Divertido?

—¡Psch!... Regular. Había muchas mujeres decentes... Un poquito soso.

Se abismó de improviso en la concienzuda extirpación de una escamilla que hubo de observarse en el dedo índice de la mano izquierda, y, requiriendo las tijeras minúsculas, cortaba con todo género de precauciones la terrible excrescencia afeadora de su piel de nácar.

—Bueno, mamá; yo venía á hablar contigo en serio.

—Pues ¿á qué esperas?...

—A que me hagas caso.

—Ya te escucho.

Aunque ya la escuchaba, en efecto, su

COSAS DE ESTE MES



—¡Estoy desesperada! Yo no sé qué voy á hacer. ¡Estoy muy mala!

—Vaya, mujer, cálmate; que no llegará la sangre al río...

MATANDOLAS CALLANDO



—No, Martínez; no puedo acceder á eso, porque luego todo lo cuentan ustedes corregido y aumentado.

—Por ese lado, esté usted tranquila. Yo soy de los que dicen Dios se lo conserve; pero que no se lo aumente.

madre, Carlota no sabía por dónde empezar. Habíase sentado en un extremo de la marquesita, y, con los ojos fijos en la punta de sus americanos zapatines y empuñando nerviosa su sombrilla violeta, dudaba en abordar de lleno el misterioso asunto. Al verla, Marta Renovales se evocaba á sí propia cuatro lustros atrás, reconociéndose en aquella figura serpentina

modelada bajo el vestido de finísimo paño color de pensamiento y bajo la sedaña blusa de idéntico matiz y blanco cuello abierto de nansú, entre el cual emergía una garganta tentadora; era ella, sí, con su antiguo cabello de un castaño claro —luego lo tuvo ala de cuervo, en vista de que no encontraba este castaño en tinte—, cuyos rizos indómitos escapábase del gorrito de paja negra y niveas rosas, con sus pupilas fúlgidas, su naricilla levemente remangada y su fresca boca un poco grande. ¡Qué linda y ¡qué remota se sentía entonces, resucitando sin querer en la juventud irresistible de su hija su irresistible juventud de año!

—Pretendía que me dieras un consejo —articuló la tímida, envalentonándose de repente.

—Nunca he sido muy diestra para dar consejos —dijo Marta, en broma—; sin embargo, tratándose de ti, procuraré esmerarme. Apuesto á que todo se reduce á una cuenta de modista ó á una trifulca de recién casados.

—Me hace daño ese tono ligero, mamá. Se trata de una cuestión decisiva.

Su interlocutora se enserió, venteando alguna desgracia.

—Habla, hija. ¡Me asustas!...

—Mamá... ¡estoy enamorada como una colegiala!— exclamó Carlota, sollozando.

La madre se echó á reír.

—¡Acabáramos! ¿Y has necesitado más de un año de matrimonio para que te fleche tu marido?...

Los rasgados ojos de la joven se abrieron con asombro ante tanta candidez.

—No, mamá. ¡Qué cosas tienes!... Á un marido se le puede querer mucho, muchísimo; pero jamás hasta el punto de enamorarse.

Tocó á su vez reflejar el asombro á las miradas de la otra, que de nuevo reconocíase en su hija, descubriendo dentro de aquel cerebro juvenil la misma idea mundana que ella tuvo de la moral siempre.

—Pero...

—Todavía, no, aunque me noto muy débil para resistir. El asedio de ese hombre

es casi continuo, y la tentación es de todos los instantes; creo que pocas en mi caso sabrían contenerse.

—¿Y quién es ese hombre? —inquirió la madre con curiosidad.

—Joaquín Almansa.

—¿Joaquín Alm...?

—Sí. ¿Qué hay en ello de chocante? Si no él, sería otro. Cuando se tienen veinticinco años y un marido que nos dobla la edad, siempre nos suenan bien las palabras de amor que no escuchamos de quien debió decirnoslas, y nos atrae quien, sin deber hacerlo, nos las dice. En el fondo, yo juzgo que estamos en nuestro derecho de endulzarnos la vida... Lo peregrino es que vine aquí para que tú me aconsejaras, y... ya ves: huelgan los consejos, puesto que me encuentro completamente decidida á seguir mi voluntad á toda costa.

Como quien sale de un mal sueño, Marta no podía dar crédito á su oído; y, pasándose la mano por la frente, sin atreverse á alzar los ojos empañados, habló con una voz lejana y triste:

—Calla, hija; no pienses así. Por el momento, acaso te creyeres muy dichosa; pero la existencia dura más que un momento, y nunca te arrepentirás bastante de aquella ofuscación que te indujo á pecar. Sé buena, sacrifica tu capricho á tu amor, porque á la larga, aunque derrames lágrimas ahora, hallarás la recompensa en tu misma pureza. Nada vale el trabajo de lograrlo, y los años se encargan de dejar un vacío donde hubo penas y alegrías... No, no protestes; adivino lo que vas á objetarme, y te aseguro que, si llegaras á caer con ese hombre ó con otro cualquiera, sería el adulterio para ti una desilusión mayor que el matrimonio. Yo tengo experiencia, una experiencia conseguida á fuerza de sufrir desilusiones análogas, y por eso, te aconsejo que mates la pasión con la saña con que se mata á un bicho venenoso.

La hija atajó el discurso dolorido, invocando, en favor suyo, un argumento contundente.

—Es que le adoro...

—Me parece que te equivocas y tomas por adoración lo que quizá sólo es una ansiedad malsana; pero, por más que le amases y el deseo te arrastrara hacia Joaquín, dejarías de quererle al entregarte á él, porque verías en tu seductor, sin duda, á un egoísta y á un ingrato, como todos los hombres. Te deslumbra el espejismo de lo prohibido; sospechas que es tu dicha lo que te prohíben, y corres, ignorante, tras de la

desdicha, que no perseguirías si no te la prohibiesen. Franqueza por franqueza, escucha... Yo estoy de regreso en el camino que te propones emprender, y aquí me tienes pesarosa por haber emprendido ese camino un día. ¿Te convences ya?...

—¡Madre... madre! —gimió Carlota, arrojándose en brazos de su consejera.— ¡Cuánto me alegro de haber venido á que me salvaras! Seré buena, sí, á pesar de que la sociedad se obstina en que no lo seamos las mujeres de hoy.

Sollozaba conmovida y convencida por la persuasión que en sus frases puso la desengañadora, la que sabía mucho porque había amado mucho.

—Llora, llora, hija mía, que así no llorarás cuando sea en balde. ¡Ay! Si yo hubiera también llorado á tiempo...

Y Marta, pálida, serena, la recibió en su seno con amplio gesto compasivo, enjugando aquel llanto tan enternecedor.

Verdaderamente, estuvo magistral de acento y actitudes, sin cesar en su loor á la virtud hasta que comprendió que la enemiga quedaba en absoluto derrotada, y que otra vez se adueñaría ella del voluble Joaquín, cuya posesión defendió tanto por presentir en él de un modo inevitable al amante último.

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA

Agentes exclusivos en Sud América

MASIP Y COMPAÑÍA

RIVADAVIA 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

UN GRAN ÉXITO EN LIBRERÍA
El amor prohibido.

Estudio sociológico y psicológico del vicio clandestino

por el **DOCTOR GAUFENOIN**

Interesante estudio de las diferentes fases del amor considerado ilícito por la moral vigente.—Su desarrollo.—Su acción en la sociedad.—Sus consecuencias.

Esta obra forma un hermoso tomo lujosamente editado, impreso sobre excelente papel satinado y exornado con

24 artísticos desnudos en tricornia

Por la índole especial de esta obra, todos los ejemplares irán precintados y lacrados.

Sumario: Prólogo.—Las posiciones estratégicas del amor prohibido.—La seducción.—La soltera, la viuda y la divorciada.—Cómo caen las mujeres.—La querida.—La adúltera.—La prostituta.—El burdel.—La buscona.—La casa de citas.—Las casas de dormir.—La alcahueta.—El amor morboso.—La esterilidad provocada.—El café-concierto y el music-hall.—La artista.—El foyer.—La noche del debut.—Las entretenidas.—Resumen.—Apéndices.

Precio: cinco pesetas.

Este libro se vende en todas las buenas librerías, centros de suscripciones y kioskos de España y América; también se remitirá franco de portes y certificado, enviando 5'25 pesetas en cualquier forma de fácil cobro ó en sellos de franqueo de España, dirigiéndose á la casa editorial de

B. Bauzá. Aribau, 175, Barcelona.

ORINA

Las **SALES KOCH** curan **SIN SONDAR NI OPERAR** la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las **SALES KOCH** no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las **CÁPSULAS KOCH** cortan en **DOS DÍAS**, sin peligro, los flujos blenorragícos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pidase gratis á la **CLÍNICA MATEOS**, Arenal, 1, de **MADRID** (España), el método explicativo infalible.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fè, San Martín, Puerta del Sol. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

FRUTA PROHIBIDA



LOS QUINCE GOCES DEL MATRIMONIO

MISTERIOS Y SECRETOS DEL LECHO CONYUGAL (2 tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dólar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada.*—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—*Exportación por mayor, de Revistas Ilustradas y periódicos* á los señores librereros y Corresponsales de España y América.